

pasaba en los tiempos de la autoridad? Al menos en el catolicismo la inteligencia se acostumbra á la obediencia, y lo hace sin trabajo desde que juzga el espíritu de Dios personificado en el Pontífice Sumo, Vicario de Dios en la tierra. Mas ¿qué diremos de una simbólica como la confesion de Augsburgo, trazada sobre pergamino, que Melanchthon hizo, deshizo, pulló, corrigió, la toma y la vuelve á dejar, la envía á Lutero, que la vuelve á tomar, la revisa, la amplifica, la reduce, la da vueltas en todos los sentidos, para enviarla, en fin, por el primer correo, á su discípulo, que la proclama la obra de la Reforma, la manifestacion de la verdad y la inspiracion del Espiritu-Santo? Evangelio singular, que no se parece á si mismo, y que, reproducido tres veces en el espacio de medio siglo, tres veces se ha visto con nuevas variantes y desemejanzas entre unas y otras.

Hoy todo el que en alguna de las dos comuniones, protestante y reformada, tiene algun resto de lógica, rechaza los libros simbólicos.

«Las confesiones, ha dicho recientemente M. de la Harpe, son contrarias al principio de la confesion. El principio de la Reforma... esto es, la libertad, el derecho de elegir, el derecho de poner la Biblia bajo el poder de los hombres! una confesion de fe... esto es el Papa.»

co, en un primer, donde indicasen...
 para socorro...
 la Liga de Schmalkalda...
 ridad del país...
 de los...
 Apoyos...
 CAPITULO XXXV.

POLÍTICA DE LUTERO.

Liga de Schmalkalda.—Lutero combate á la Dieta en sus escritos.—Justifica la rebelion armada.—Su Aviso á los alemanes.—Explicacion de las desvergüenzas de Lutero.—Juicio de las tendencias de aquel libro.—Réplica de Lutero.—Tentativas del catolicismo para una reconciliacion que rechaza el reformador.—El protestantismo desecha al anabaptismo, y le obliga á tomar las armas.

Los esfuerzos de Melanchthon por devolver la paz á la Alemania habian chocado con los instintos apasionados de Lutero. Por instigacion del reformador habia Felipe de Hesse abandonado repentinamente á Augsburgo y puésto-se en rebelion abierta contra el Emperador. Los protestantes confiaron su suerte en manos de este príncipe, cuyo carácter infama la historia; héroe de taberna, todo fiero y arrogante con su espada cuando el peligro estaba lejos, y turbado completamente cuando le veia cercano. Bajo sus auspicios se concluyó la liga de Schmalkalda, ofensiva y defensiva entre los príncipes reformados, de la cual se apartó al primer signo de cólera del Emperador, y que resucitó posteriormente, hasta que Cárlos V, despues de la jornada de Muhlberg, tan funesta á la Reforma, le hizo espiar sus indecisiones y le puso, así como á Juan Federi-

co, en una prision, donde hubiesen muerto, si no los hubiese sacado Mauricio de Sajonia.

La liga de Schmalkalda debía ser funesta á la tranquilidad del pais. Lutero habia lanzado los principes á la pelea.

Apenas estuvo cerrada la Dieta, cuando Lutero la persigue con un himno salvaje, que la prensa reprodujo en los dos idiomas, latin y aleman.

«¡Maldicion, decia él, á todos los que en Augsburgo habeis sostenido el papismo! ¡Infamia sobre vuestras cabezas! ¡La posteridad se avergonzará de vosotros, y no podrá creer que os ha tenido por ascendientes! ¡Oh! ¡Dieta infame, que no has tenido, que jamás tendrás otra semejante! Tú has cubierto de infamia á nuestros principes y á nuestro pais; tú has impreso tu sello en la frente de nosotros, alemanes, ante Dios y los hombres. ¿Qué dirá el turco cuando sepa tal escándalo? ¿Qué dirán los moscovitas y los tártaros? ¿Quién hará en lo sucesivo caso de nosotros, teutones, cuando sepa que así nos hemos dejado afrentar, azotar y tratar como á niños, como á unos zoquetes, como á piedras, por el Papa y su pandilla, y que para diversion y pasatiempo de esta canalla se haya sofocado la verdad y el derecho bajo el peso de este escándalo de escándalos? ¿Y habrá algun aleman aun que no se arrepienta de llamarse aleman?»

Habia reservado sus cóleras y sus artificios para justificar la rebelion armada en su *Aviso á sus queridos alemanes*.

Despues de la Dieta de Augsburgo, un casuista reformado preguntaba si se podria cristianamente hacer la guerra al Emperador.

Quería sin duda una respuesta que apaciguara sus remordimientos interiores: la respuesta la encontró en el *Aviso de Lutero*.

«Cuando estos perros feroces y sanguinarios no tienen

mas deseo que matar, incendiar y quemar, nada de malo tiene rebelarse, oponiendo fuerza á la fuerza, hierro al hierro. Y no debe llamarse rebelion á lo que estos perros rabiosos llaman así. Lo que ellos quisieran seria cerrarnos la boca y las manos, para impedir que empleásemos contra ellos la palabra y los puños. Querrian ellos solos, para predicar á su placer, hacer uso de la fuerza, y espantar al mundo, concitando la revolucion, pero sin alarma, sin peligro propio. ¡Muy bien, compañero mio! Tu definicion no vale un ardite; yo te lo digo, y te lo pruebo.»

«Quien se levanta contra el derecho, no se rebela, porque entonces toda negacion del derecho seria una rebelion. Solamente es rebelde el que se alza no pudiendo sufrir, ni magistratura, ni justicia, y abiertamente las ataca, queriendo erigirse en señor y en derecho vivo, como ha hecho Munzer: ved ahí el crimen. Luego resistir á estos perros no es rebelion; quien dice *papista*, dice *opresor*. Luego ved ahí el verdadero rebelde colocado fuera de las leyes divinas y humanas; malvado, que parece al insensato en sus crímenes de sangre y matanza.»

Si no conociésemos al cenobita sajón, nos pasmaríamos de este llamamiento al motin, formulado en términos tan transparentes, por quien, en vez de un pesebre, habia dado por cuna á su cristianismo el opulento arriño de los duques y grandes señores. ¿Qué tenia, pues, que temer? Necesariamente habian de salir en su defensa los principes que habia enriquecido con los despojos de las iglesias y conventos, los grandes y poderosos señores que preferian una revolucion á cara descubierta á restituir el botin de sus sacrílegas depredaciones. Ya habian tratado secretamente algunos del establecimiento de una alianza con Francisco I, sacrificando así lo que un pueblo tiene de mas glorioso; la nacionalidad. Diariamente desaparecian de la comunidad teutónica nuevas ciudades: Eslingen y Heilbronn acceden al tratado de Spira; Enrique VIII reniega

del catolicismo, y los turcos no distan mas que algunas jornadas de la capital del imperio. Lutero, sin embargo, nada tiene que temer.

Un católico de Dresde se atreve á denunciar á la Alemania sus doctrinas henchidas de tempestades: ataca á Lutero frente á frente, despoja su palabra astuta de su piel de serpiente, muestra el veneno que ella oculta, y pone en claro, en todos sentidos, y de todas formas, las versatiedades políticas y dogmáticas de su adversario. Hombre pensador, alemán de corazón ardiente, fue sin duda este escritor de Dresde, y, sobre todo, un profeta, por medio del cual, como á menudo sucede, Dios alzaba una punta del velo que oculta el porvenir.

Lutero, como tenia de costumbre, respondió en un estado de hiel y vinagre, resucitando el fantasma del papismo para hacer miedo á los alemanes, y que despues arrojó á la fosa al ruido de sus atronadoras blasfemias y execraciones, que fueron como las campanas y el plañido funeral de este entierro.

El fantasma, sin embargo, alzó la piedra bajo que Lutero la habia sepultado en la batalla de Lochau, cuando Felipe de Hesse y Juan Federico, rebeldes á Carlos V, pusieron en práctica las teorías del doctor. Lutero habia aplaudido todas las insurrecciones de la Reforma contra el derecho nacional de la Germania. Cuando en alguna de aquellas luchas en que venia la Reforma á chocar con la espada de Carlos V moria alguno de sus hijos, Lutero le declaraba al punto todo un mártir. Para la Reforma estaba preparado el cielo, y sus prosélitos entreveían mas allá de esta vida terrena una corona de eterna bienandanza, prometida por su apóstol á los que muriesen por la fe. En vano era que el Emperador deseara sofocar este proselitismo y sosegar los espíritus; sus tentativas fueron inútiles. Si en 1531 convoca una Dieta en Spira, el elector de Sajonia, por instigacion de Lutero, rehusa acudir á ella. Los

protestantes, escitados por el ejemplo de sus principes, se reunen en Francfort, y eligen por jefes de la liga á Juan de Sajonia y Felipe de Hesse. Los bávaros se reunen en Lubek el año 1532 para reprobar la eleccion de Fernando como Rey de Hungría, doble insulto á Carlos V y á las instituciones imperiales. Al mismo tiempo se negaron á todo subsidio para la guerra del turco, siguiendo la enseña que en otro tiempo les diera su padre; no porque ellos considerasen al turco como un enemigo vulgar, sino por oponer dificultades al Emperador. Lutero les habia dado el santo y seña, que era este: «La reunion de un Concilio nacional, para atacar al Concilio general cuando se hubiese reunido.» En 1532, en Nuremberg, rendido el catolicismo, ofrecieron la paz á los disidentes, quienes la rechazaron en terminos magnificos por el órgano de Urbano Regio. «O la paz, decia este luterano en su terrible dilema; ó la paz con los papistas, es decir, la ruina de nuestra fe, de nuestros derechos y de nuestra vida, y una muerte en el pecado, ó la paz con Cristo, es decir, el odio de nuestros enemigos, y la vida en la fe. Decidámonos.—Tempestades del diablo, hostilidades del mundo, lucha del Antecristo, mas proteccion del cielo y vida en el Señor.»

El protestantismo rehusó tambien reconciliarse con los disidentes; de suerte, dice un historiador reformado, que el hombre que en 1520 habia abierto al pensamiento libre y progresivo un tan ancho y dilatado camino, no le dejaba en 1532 un sendero por donde poder transitar. Quien no estaba conforme con él, estaba contra él, era su enemigo.

Una de las sectas, el anabaptismo, fue luego obligado, mas ya tarde, á emplear las armas para entrar á viva fuerza en la comunión cristiana. Vamos á ver, pues, los daños que el anabaptismo produjo á la Alemania.